

## ESPIRITUALIDAD PARA UN MUNDO EN EMERGENCIA

José Antonio Lobo Alonso, op

Los organizadores nos solicitaron dos cosas:

- Sintetizar lo reflexionado durante estos días sobre espiritualidad para un mundo en emergencia.
- Ofrecer nuestras propias sugerencias sobre el tema.

En este texto van mis sugerencias sobre la espiritualidad para un mundo en emergencia y lo que cabe esperar de la Vida Religiosa.

Un primer paso consistirá en explicar el significado que damos aquí al término “espiritualidad”, para poder responder mejor a la pregunta sobre la espiritualidad para un mundo en emergencia.

“Espiritualidad” es un sustantivo abstracto, cuyo sustantivo concreto es “espíritu”. Y este término se puede entender o interpretar de dos maneras:

- Para el pensamiento griego “espíritu” se contraponía a “materia”, a “cuerpo”. Según esta interpretación “ser muy espiritual” sería sinónimo a no pisar tierra, a alejarse de lo material y de lo corporal.
- Para el pensamiento bíblico, en cambio, “espíritu” es equivalente a vida, fuerza, libertad, acción...

Así aparece en la Biblia desde el relato de la creación, donde el “ruah”, que se cierne sobre la nada y el caos, es presentado como viento, aliento de vida, aquello que de la nada hace brotar la vida, los seres vivos, y del caos el orden.

En el Nuevo Testamento el Espíritu que descendió sobre Jesús es el Amor que le mueve a anunciar a todos, y en particular a los pobres, la Buena Noticia de la liberación. Este mismo Espíritu es enviado y desciende sobre los seguidores de Jesús y las primeras comunidades cristianas, impulsándolas a llevar la Buena Noticia a todos los seres humanos y a todos los pueblos.

Este sentido bíblico es el que damos aquí al término ‘espiritualidad’. La espiritualidad de una persona hace referencia a lo más hondo de su ser, a sus motivaciones más profundas, a sus ideales, a lo que siente y vive con pasión. Con palabras de Segundo Galilea: “La espiritualidad es la motivación que impregna los proyectos y compromisos de vida”.

Por tanto la pregunta que nos hacemos es ésta: cuál es el espíritu que guía y mueve, o debía mover, nuestra vida y nuestra acción, pues nos es lo mismo moverse por amor al dinero, al poder o al prestigio social, que por el amor al Dios que muestra su preferencia por los pobres, por los últimos, por lo que no cuentan en este mundo.

Dos textos nos van a servir de guía en la exposición. Uno es el texto leído por Jesús en la sinagoga de Nazaret, dándole un carácter programático. Otro tomado de una regla monástica del siglo XI.

En Lc. 4, 14-21 leemos: *“Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del Profeta Isaías y, desarrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor’. Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba, y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles. ‘Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír’”*

La Regla monástica del siglo XI decía así: *“Si os preguntan de qué profesión o de qué regla o de qué orden sois, responded que sois de la primera y principal regla de la religión cristiana, es decir del Evangelio, fuente y principio de todas las reglas”.*

Estos dos textos los hemos seleccionado por lo siguiente:

- El texto de Lucas sintetiza lo que fue el programa de Jesús, la espiritualidad o el espíritu que guió su vida e inspiró su acción o misión y que, en consecuencia debe inspirar y mover la vida de los creyentes en general y de la Vida Religiosa en concreto.
- Y el texto de esa regla monástica es un ejemplo de cómo esta verdad caló en la tradición cristiana y fue la que dio sentido a la Vida Religiosa.

Por eso, ya podemos adelantar nuestra conclusión acerca de cuál sería la espiritualidad que deberían inspirar hoy la vida cristiana y la Vida Religiosa, válida para este mundo en emergencia. Sólo puede ser una *espiritualidad evangélica*.

Partiendo de esta afirmación básica lo que haremos es concretar algunas de las notas que nos permitan descubrir el alcance y verdadero significado de esto que llamamos *espiritualidad evangélica*. Señalamos algunas, pero se pueden añadir más:

- *Espiritualidad de encarnación.*

En 1956, a los 15 años, ingresé en el noviciado que los dominicos tenían en la ciudad de Palencia. Era antes del pontificado de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. La espiritualidad en la que se nos formaba en ese momento se aproximaba más al modelo de espiritualidad propia del pensamiento griego que a la que se inspira el pensamiento bíblico. En ella predominaba la idea de que para ser espiritual y ganar en espiritualidad había que alejarse de lo material, practicar una ascesis que castigase al cuerpo y sus deseos de gozar de la vida y sus placeres.

Ciertamente se asumía que pertenecíamos a este mundo y que frente a él debíamos cumplir una misión de parte de Dios. Pero para esto se nos preparaba aislándonos del mundo y de la gente, llevando una vida intramuros de los conventos, dedicada a rezos y también al estudio de Dios, del mundo y de lo que pasaba en él, aunque más bien de manera teórica. Tal modelo de espiritualidad tenía bastante de fuga mundi y no poco de desprecio del mundo.

Tal enclaustramiento daba lugar a una espiritualidad más centrada en lo individual que en lo comunitario, una espiritualidad un tanto etérea, que no tocaba tierra, que nos permitía vivir aislados de la realidad y de los problemas de la gente, evadirnos de lo que se estaba gestando en la historia de entonces mismo. Por eso la podíamos definir como espiritualidad de evasión.

Frente a ella, volviendo a la fidelidad al concepto bíblico de espiritualidad, el Concilio abogó por una *espiritualidad de encarnación*. ¿Cuál es el cambio que implica este nuevo modelo?

El modelo de espiritualidad, que llevaba a castigar el cuerpo considerado enemigo del espíritu y obstáculo para el desarrollo de la espiritualidad, al abordar el misterio de la Encarnación del Verbo ponía el énfasis más en la 'divinización' del hombre que en la 'humanización de Dios'. Al apostar por este modelo de espiritualidad de encarnación lo que se pretende hacer es asumir sin reservas la verdad de la encarnación, pues, como señalaba San Pablo, Jesús asumió nuestra condición humana en todo menos en el pecado. En otras palabras, de lo que se trata es dar todo el valor que tienen a unas palabras de San Ireneo: *'La gloria de Dios es que el hombre viva'*. Vivir esta espiritualidad significa movilizar toda nuestra energía y nuestra capacidad de acción para hacer avanzar la humanización en nosotros, en cuantos nos rodean y en los procesos históricos en los que estamos llamados a participar.

Esta manera de ver el modo de estar y actuar en el mundo por parte de la Iglesia y de la Vida Religiosa fue resaltada por Concilio Vaticano, como muestra el conocido texto de la *Gaudium et spes*: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y esperanzas de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (nº.1).

En este talante y modo de entender la espiritualidad se basó el movimiento provocado por el Concilio en la Vida Religiosa: insertarse en la realidad, aproximar la forma de presencia de las comunidades a la gente y su modo de vida, rompiendo así los tradicionales muros que separaban estos dos estilos de vida. Por eso se las llamó 'comunidades de inserción'.

La conclusión de este apartado se resume en esta pregunta: ¿Seguimos creyendo en la validez de este proceso o se está produciendo en la Vida Religiosa una vuelta a los cuarteles de invierno? Mi apuesta es a favor de este tipo de presencias y de espiritualidad para este tiempo; pero mi duda es si no estamos viviendo ya un proceso de retroceso a los viejos estilos de presencia e incluso de espiritualidad.

- Una *espiritualidad penetrada de compasión y de misericordia.*

La palabra compasión significa en primera instancia “padecer con” o “sufrir con”, y sugiere, en segundo lugar, “vivir con pasión” (apasionadamente) Uniendo ambos sentidos llegamos a la consecuencia de que la compasión lleva a vivir con profunda preocupación y responsabilidad todo lo que ocurre a nuestro alrededor, especialmente lo que les ocurre a las personas sufrientes con las que nos encontramos cada día en el camino. Lo contrario del vivir apasionado es vivir sin tensión interior, con indiferencia, con apatía.

La compasión incluye dos dimensiones: una dimensión contemplativa, que nos ayuda a mirar el mundo con los ojos y con el corazón de Dios y a descubrirle a Él en los ojos y en el corazón sufriente de los hombres; y una dimensión comprometida, que nos impulsa a construir nuestra vida y a transformar el mundo conforme al proyecto que Dios nos ha revelado en Jesucristo. Sólo cuando la fe y la vida comprometida compasivamente se unen es posible vivir la alegría que nace del descubrimiento del “tesoro” del Reino que anuncia Jesús como Buena Noticia.

La misericordia y la compasión brillan en el Dios del Éxodo, que se siente conmovido ante los esclavos hebreos que sufren bajo el faraón egipcio, y destaca como una característica clara en la vida y en la acción de Jesús tal como nos es presentado en los Evangelios.

Por eso pensamos que la compasión es también una dimensión esencial de la espiritualidad cristiana y de la espiritualidad de la Vida Religiosa, si es que quiere ser una espiritualidad que se mueva dentro de las coordenadas de lo que llamamos espiritualidad evangélica.

Esta actitud de misericordia y compasión es especialmente importante en este tiempo nuestro con su fijación en los valores del mercado, que potencian más la competencia y los méritos que la gratuidad, que invitan a ascender en la escala social, aunque sea a costa de los demás e incluso pisando sus derechos y sacando rendimiento a su sufrimiento.

Por eso la espiritualidad cristiana y de la Vida Religiosa, hoy, está llamada a poner en práctica gestos de misericordia y compasión, para que prevalezca la gratuidad y el don sobre el comercio, la solidaridad sobre la competencia, la reconciliación y el diálogo sobre la venganza o la ley de talión.

¿Cuáles serían esos gestos? Habrá que descubrirlos y ponerlos en práctica en contacto directo con la realidad y sus problemas, pues será más difícil que surjan en formas de presencia que rehuyan el riesgo y el contacto con la realidad y sus problemas, que se muevan dentro de los parámetros de la búsqueda de una vida más confortable, más centrada en la propia seguridad y calma que en la relación directa con los sufrientes y heridos que también hoy, como en la parábola evangélica, yacen a la vera del camino. ¿Es esta la dirección que sigue o está buscando, hoy, la Vida Religiosa? Mi deseo sería que fuera así, pero tengo mis dudas.

- *Espiritualidad profética*

En el texto de Lucas vemos cómo Jesús asume la misión profética, al dar por sentado y aplicar a su persona lo que anunciaba y denunciaba el profeta Isaías: *“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”.*

La explicación de lo que es y significa ser profeta bastará para ver la pertinencia de aplicar esta nota o característica a la espiritualidad evangélica. Se ha entendido a veces que el profeta es el que anuncia el futuro, pero no es este el sentido que tiene en la tradición del profetismo bíblico.

El profeta bíblico reúne una doble dimensión. Por una parte, el profeta es aquél que tiene y vive una profunda experiencia de Dios, para poder mirar y ver desde el corazón de Dios, como decíamos al hablar de la compasión, el mundo y la realidad. Desde esta experiencia descubre cual es la voluntad de Dios, lo que nos está pidiendo en un determinado momento, y recibe la fuerza para cumplir una doble tarea:

- Señalar y anunciar los signos que muestren la presencia del Reino: los ciegos ven, los cojos andan, los pobres dejan de vivir en la estrechez, presos y oprimidos recobran libertad y dignidad.
- Mostrar y denunciar las señales que muestren el incumplimiento de este designio de Dios, las mil formas de injusticia, de violencia e insolidaridad presentes en nuestro estilo de vida o modos institucionalizados de organizar la convivencia a nivel humano y cósmico.

De una espiritualidad que adolezca de este carácter profético, lo menos que se puede decirse es que le falta mucho para ser evangélica. La pregunta de la canción de Ricardo Cantalapiedra: *“dónde están los profetas*

que en otros tiempos nos dieron las esperanzas y fuerzas para andar”, tiene plena vigencia en este tiempo y para este tiempo, tan necesitado de profetas y profetismo como sobrado está de conformismo.

Para mí, si en algo debía destacar la Vida Religiosa, en este tiempo y siempre, sería por su talante profético, por su búsqueda y fomento de profetismo, por su capacidad para dar voz a los sin voz, reivindicar los derechos de los últimos y olvidados y por su valiente denuncia de las tropelías que desde los poderes de este mundo, desde todos los poderes (económicos, políticos, religiosos...) se siguen cometiendo contra los pobres, los indefensos, los más pequeños. Si no hace esto lo Vida Religiosa con especial ímpetu, ¿quién lo va hacer? En su momento me llamó la atención el título de un libro del obispo Jacques Gaillot. *‘Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada’*. Parfraseando este título podíamos decir: *si la Vida Religiosa no sirve para cumplir una misión profética en este mundo, ¿para que sirve?*

¿Está o no está la vida cristiana y la Vida Religiosa, tanto a nivel personal como institucional, penetrada de este talante profético? Si la respuesta fuera negativa no le echemos la culpa sólo a lo institucional, pues si nosotros estamos dormidos y hemos perdido la capacidad de soñar y la dimensión utópica, ¿cómo se podrá evitar el anquilosamiento y la esclerosis de nuestras instituciones? Despertemos cada uno y así podremos hacer despertar y dar más vigor y fuerza profética a nuestras comunidades e instituciones.

- *Espiritualidad comprometida*

Si en el profetismo advertíamos como una doble dimensión: una dimensión contemplativa, que es la que nos puede ayudar a mirar el mundo con los ojos y con el corazón de Dios y a descubrirle a Él en los ojos y en el corazón sufriente de los hombres; y una dimensión comprometida, que es la que nos mueve a construir nuestra vida y a transformar el mundo conforme al proyecto que Dios nos ha revelado en Jesucristo. Así debe ocurrir en nuestra espiritualidad y praxis cristiana.

Unir estas dos dimensiones en la forma de entender y vivir la espiritualidad es uno de los grandes retos de la vida cristiana y de la Vida Religiosa. Conseguir en la práctica esta fusión es imprescindible, porque demasiadas veces se han separado, dando lugar a dos estilos deformados de espiritualidad: aquella que sólo mira hacia lo alto para encontrarse con Dios en las alturas mientras se olvidan de los hermanos, y aquella que buscando la eficacia del compromiso se olvida de la fuente de donde éste brota y se alimenta. La espiritualidad evangélica no puede presentarse de otra manera; de lo contrario, ya la hemos deformado y desvirtuado en origen.

Por eso la espiritualidad que necesita este tiempo nuestro, a la vez que debe basarse en la profunda experiencia de Dios, debe desplegarse y completarse en el compromiso para la transformación del mundo y de nosotros mismos. De ahí el término espiritualidad comprometida o que el compromiso sea una concreción necesaria para entender la espiritualidad evangélica.

- *Espiritualidad comunitaria e interreligiosa*

La Constitución dogmática Sobre la Iglesia, *“Lumen gentium”*, antepuso el tratamiento de la Iglesia como Pueblo de Dios, capítulo II, al estudio de su constitución jerárquica. Esta no fue una decisión gratuita, sino premeditada y respondiendo a una verdad enraizada en el Evangelio, que el Concilio expresó así: “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”.

Para que haya Iglesia, lo primero es que haya un pueblo de salvados, una comunidad de creyentes, de hermanos y hermanas, y sólo después, vendrá la división de dones y servicios o ministerios, entre ellos, sin ser el único, el ministerio jerárquico. Esto debe ser recordado, porque resalta un principio muy importante para la comprensión de la verdadera constitución de la Iglesia: el de la igualdad entre todos los creyentes, por encima de las diferencias de ministerios. San Agustín ya lo expresó muy bien en su tiempo: “Soy obispo para vosotros, pero ante todo y sobre todo, soy cristiano con vosotros”.

Aplicando esto a la espiritualidad evangélica, nos lleva indefectiblemente a proclamar el carácter comunitario de la espiritualidad cristiana y de la Vida Religiosa, rompiendo con ello con el modelo individualista de la espiritualidad preconiliar, con su énfasis en el esfuerzo y la ascesis personal, en la oración personal, la salvación individual...

Esta idea no es una invención del Concilio, sino que pertenece al núcleo del mensaje de Jesús, tal como se enunciaba ya en el texto programático de Lucas. El Reino de Dios a instaurar en este mundo es un estilo de vida, basado en la igualdad, la solidaridad y la fraternidad universal, en la creación y comunidades donde la

nota distintiva sea el amor, el servicio y el compartir, como bien se relata en el libro de los hechos de los Apóstoles, al describir la vida de las primeras comunidades cristianas.

Esto que son elementos esenciales de la Vida Religiosa: oración comunitaria, comunidad de bienes, relación fraterna y diálogo comunitario, vivir bajo el mismo techo... pueden y deben ser una llamada o aspiración para el resto de las formas de vida dentro de la Iglesia. Cumpliéndose en este campo esa misión profética que asignábamos a la vida religiosa: mostrar al mundo regido por la ley del mercado y sus exigencias: competitividad, beneficio y lucro personal, un estilo de vida alternativo, fundado en los valores evangélicos.

En los tiempos que corren, donde por efecto de las migraciones, la movilidad laboral... la relación intercultural no es sólo una posibilidad, sino también una necesidad, algo a conseguir o en lo que trabajar buscando la integración de los diferentes, quizá sea el tiempo oportuno para que la Vida Religiosa se abra a nuevas y más amplias formas de convivencia, no sólo a experiencias de comunidades intercongregacionales, sino a otro tipo de experiencias: tales como la integración de laicos, célibes o casados, y la convivencia interreligiosa.

La misión profética de la vida religiosa, ¿acaso no debía ser pionera en este campo de la convivencia de los diferentes, intercultural e interreligiosa? En lugar de lamentarnos de la falta de vocaciones, ¿no sería el momento de plantearnos nuevas formas y estilos de convivencia comunitaria adaptadas a los nuevos contextos de vida de carácter pluricultural? Creo que son retos del momento presente y para el momento presente y sería necesario abordarlos y darles respuesta constructiva.

- *Espiritualidad de la esperanza*

La espiritualidad cristiana y de la Vida Religiosa está llamada a estar penetrada de esperanza, cumpliendo la tarea que la canción de Ricardo Cantalapiedra asignaba a los profetas: “*dar esperanzas y fuerzas para andar*”.

En el contexto de la actual crisis, que es global en el sentido que afecta no sólo a la economía, sino a todas las esferas de la existencia: modelos de convivencia, de relación con la naturaleza, de estilos de vida... avanza el pesimismo y la desesperanza y, por eso, es mayor la necesidad de esos profetas que se conviertan en testigos de esperanza. ¿No sería este también un reto para la Iglesia y la Vida Religiosa?

Los mensajes que transmite el mundo eclesial resultan con frecuencia demasiado negativos, centrados más en juzgar y en condenar que en abrir pistas de futuro y en ofrecer esperanza. ¿Los estilos de vida ofertados desde la Vida Religiosa no son quizá caminos trillados, demasiado apegados a tradiciones, a mirar más al pasado que al futuro y, por tanto, no demasiado atractivos y capaces de provocar entusiasmo?

La fuente de la esperanza cristiana es el mismo Dios que Jesús nos reveló como ‘Abbá’, como alguien bueno y que desea la felicidad de todos los seres humanos, y no como un aguafiestas o un ser receloso de la felicidad humana. Más aún, que no sólo nos embarca en un proyecto de felicidad para todos, sino que promete no abandonarnos en este camino: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos” (Mt. 28, 20).

Por eso, en un mundo y para un mundo donde los ideales de justicia, paz, solidaridad y compasión todavía los vemos lejanos, es más acuciante la necesidad de la esperanza, pues es ella la que nos asegura que esta situación no es definitiva y que, por tanto, otro mundo, otra Iglesia y otra forma de Vida Religiosa son posibles.

Esta espiritualidad de la esperanza no lleva a vivir en las nubes, sino a que, asentando firmemente nuestros pies en la tierra, trabajemos para descubrir y hacer germinar las semillas del Reino, que quizás estén brotando, pero que no llegaremos a descubrir si vivimos como personas sin esperanza.

Esta llama de la esperanza ya prendió en el mundo desde el inicio de los tiempos. En el Génesis Dios invita a Abraham a abrirse aun futuro diferente: “Deja tu país y tu casa y ve a la tierra que yo te mostraré” (12, 1).

Y esta llama de la esperanza aún se mantiene más viva en el Nuevo Testamento: “Galileos qué hacéis ahí mirando al cielo” (Hechos, 1, 15). “Id por el mundo y proclamad el Evangelio a todas las criaturas” (Mc. 16, 15). “Vosotros seréis mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hechos, 1,8).

Sobre estas verdades se ha de apoyar la espiritualidad de la esperanza, ellas son las que debieran alimentar nuestra vida personal y la de nuestras comunidades.

- *Espiritualidad ecológica*

Si la espiritualidad para que sea evangélica ha de promover y fomentar la fraternidad humana universal, hoy, siendo cada vez somos más conscientes de la profunda relación e interacción que se da entre todos los seres

de la creación de Dios, esa aspiración y llamada de be ampliarse hasta una fraternidad cósmica, dando peso y consistencia al Cántico de las Criaturas de Francisco de Asís, viendo en él no ya una bella metáfora poética, sino una profunda verdad teológica.

Por eso incorporar la conciencia ecológica, que lleva al respeto de la creación y de cada uno de sus seres, a la espiritualidad cristiana y de la Vida Religiosa, no es una moda, sino una dimensión importante de la misma.